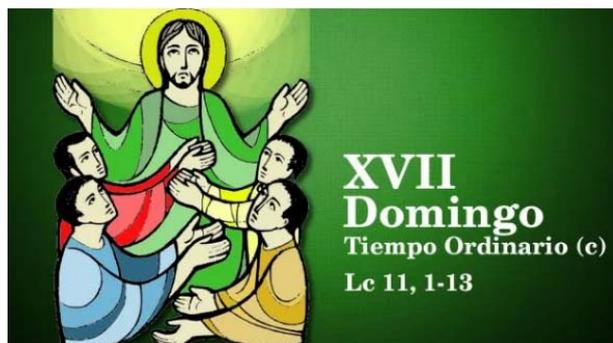


17° Domingo del Tiempo Ordinario - C - 27 de julio de 2025 (Gn 18, 20-32; Col 2, 12-14; Lc 11, 1-13)



Orar con perseverancia! Esta es la lección esencial que debemos aprender de este pasaje de san Lucas. En efecto, todo buen pedagogo sabe que la enseñanza por el ejemplo es uno de los mejores medios para transmitir una lección. Esto es precisamente lo que hace Jesús: da el ejemplo de la oración, reza. Enseña a sus discípulos las palabras para orar, y les muestra cómo orar a través de una parábola.

En cierto lugar, Jesús estaba orando. El lugar no está precisado, como para sugerir que lo importante no es el lugar, sino el acto mismo de orar. Jesús reza. Y eso es lo que atrae la atención de sus compañeros. A la vista de esta oración silenciosa, uno de los discípulos se siente interpelado y le dice: "Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos." Es evidente que simples gestos realizados en la mayor discreción pueden ser el origen de un torrente impetuoso que drenaría corazones hacia una intimidad profunda con Dios.

Cuando ora, diga: "Padre". En arameo: ¡Abba, es decir papito querido! Jesús da así a sus discípulos el derecho de dirigirse a Dios como él mismo le habla. Los hace entrar en la intimidad profunda que comparte con su Padre. Y, al hacerlo, los introduce en el camino del Reino, para que allí donde Él está, ellos también estén con Él (Jn 17,24).

Rezando al Padre Nuestro, los discípulos de ayer y de hoy están llamados a entrar en un dinamismo de comunión con el Padre. Pero esta comunión vertical con Dios no puede ser auténtica sin una relación fraterna con los demás. En efecto, nadie puede decir verdaderamente "Padre" si se niega a decir "hermano". Sería ilusorio dirigirse a Dios como a un Padre sin reconocer a los demás como hermanos. Por tanto, la oración adquiere una doble dimensión: vertical, en relación con Dios, y horizontal, en apertura a los demás. Dios es realmente mi Padre solo si él es nuestro Padre. De lo contrario, mi oración corre el riesgo de cerrarse sobre mí mismo y convertirse en una ilusión espiritual. Retomo aquí una palabra fuerte de François Varillon: "La oración es auténtica solo si es consagración de uno mismo a los demás." Así entendida, la oración se convierte al mismo tiempo en punto de enganche entre el cielo y la tierra, en punto de anclaje de la unidad cristiana, y en clave de piedra angular de todo camino verdaderamente ecuménico. Es el lugar donde se hace la alianza entre Dios y la humanidad, en una comunión que no puede excluir a nadie.



Jesús no solo nos enseña qué decir en la oración, sino también cómo orar. Es todo el sentido de la parábola del amigo importuno (Lc 11,5-8), que sigue inmediatamente al Padrenuestro. Ella nos invita a orar con insistencia, incluso con audacia. En este relato, la petición de los "tres panes" hace eco a la petición del pan diario en el Pater (Lc 11,3). Y la respuesta, "¡No vengas a importunarme! !" recuerda la parábola del juez injusto (Lc 18,1-8), subrayando la necesidad de perseverar.



La palabra griega anaideia, a menudo traducida como "desinhibido", expresa una persistencia audaz. La lección es clara: podemos dirigirnos a Dios sin avergonzarnos, con una confianza absoluta en su benevolencia. Es la misma audacia confiada que animaba a Abraham cuando intercedió por Sodoma (Gn 18,20-32).

Pide, busca, llama: una invitación a una oración persistente y viva. Una oración constante sin ser mecánica. El riesgo de quedarse atascado en la rutina de las palabras es muy grande. A menudo olvidamos que en la oración "es mejor tener un

Corazón sin palabras que palabras sin corazón.

P. Jackson Fabius, smm